

Algunos poemas de María Inés Carabajal

Después, habrá oídos vigilantes
y una rosa escarchada para entregar
habrá un recuerdo silencioso,
amigos lejanos regresando
y densas neblinas de otoño.
En alguna voz, mi nombre hará simiente
y el laurel de la noche
será campo amanecido en mi cuerpo.
No digas nada.
Tu también darás vuelta la hoja
y el tiempo habitará toda la ausencia.

Desdeñé la prisa del agua
persiguiendo los enigmas del sol
cuando enchiste las velas hacia el rumbo
de un lugar memorioso
para mojar las palabras de mi huella.
Armadura de chingolo,
campanario de palomas, fui
Fuí río y canto
en los caminos de mi tierra.
Árbol desarraigado, fui
con nervaduras de amor
olvidadas
en esquinas sin retorno.

Persigo el resplandor que me dejaste en herencia
desollando mi coraza de misterios
para emerger del laberinto,
enclavada en mil obstinaciones
y amanecer
en tu distancia
cautivando mis huesos en el tiempo.

He tomado cuidadosamente
la punta del ovillo
para empezar a desandar
los pormenores
de los días del temblor
y del duende.
Estoy secando gota a gota
el agua de mis huesos,
sin embargo
Agosto porfía con sus brotes...
Reconozco
que mis manos nacieron golondrinas.

Esperaba
el eco del canto
oteando en la sombra
del tiempo
opacando la terca distancia
de su voz
erigida más allá de los duendes
para fundar cien veces lo improbable,
sílabas de bruma,
rosas del diluvio
ennoblecido ulular
contra el cielo preñado de presagios.
Esperaba
Concienzudamente
como a una sentencia
milenaria,
salmo en la tarde,
húmedo contacto sólo concebido en el silencio.

El agua merodea
los misterios del alba.
El verano quema el aire de los grillos
pulsando marionetas sin huesos.
El regreso... sólo melancolía
que guarda la memoria.
No es fácil
Vivir
hospedando presagios
los hombres ambiguo
apagan la magia
y esperan sembrar rosas
en la arena.
Caminamos a tientas
entre piedras pulidas.
es sabio detenerse en los viajes
para escuchar
la voz de los pájaros.
Después de la lluvia
el cosmos
celebra su canto,
enciende la lámpara
recobra el vino
y la voz calla
y el silencio calla.
Nadie tiene la llave del secreto.

Un remanso de camalotes
graba su eco
en la memoria verde
y busca su voz cerca de la lluvia
del huerto
de la lágrima.

Esta jauría de manos
retomará el rumbo
para esplender su paso:
Rama y énfasis
y silencio,
y velamen,
y madera
y tiempo.